

La filología sin Manuel Alvar

Marisa Regueiro

Hace apenas un año, en el verano de 2001, fallecía el lingüista Manuel Alvar una de las personas que más han contribuido al conocimiento de la lengua española tanto en España como en el mundo. Este hombre que junta erudición y sensibilidad, compaginó desde su primera juventud el magisterio y la investigación: como maestro no se limitó a su trabajo en España sino que recorrió medio mundo, como investigador fue capaz de recuperar el tiempo perdido en la guerra civil en los trabajos de sociolingüística y dialectología.

Desde el 13 de agosto del año pasado, la Filología Española registra una ausencia difícil de llenar. Cuando todavía muchos lamentaban la pérdida de Rafael Lapesa, en ese día del tórrido verano, falleció en su casa de Chinchón y junto a su numerosa familia, Manuel Alvar. La noticia sorprendió al mundo intelectual y entristeció a los miles de discípulos que en todo el mundo lo tuvieron como maestro. Y decir *todo el mundo* en este caso no es una hipérbole, porque Alvar desarrolló un magisterio itinerante a lo largo de su vida en prácticamente todas las universidades importantes del mundo, en las que dejó el recuerdo de una erudición y de una sabiduría asombrosas que armo-

nizaban, de modo poco habitual, con una personalidad amable y cercana. Se han ido sucediendo las páginas evocadoras en los medios de comunicación; los homenajes, los recuerdos y las publicaciones de algunos de sus muchos trabajos inéditos; pero incluso para quienes conocían su compromiso intelectual, no dejan de admirar las múltiples peripecias vividas en lejanos confines cuando rastreaba, incansable, el español en el mundo.

En tiempos como los que corren no es frecuente la valoración del esfuerzo constante, ni menos aún de la entrega individual a un proyecto de investigación con la que se compromete toda una vida. Sin embargo, o precisamente por eso, es necesario acercarse a la obra y a la personalidad de figuras como la de Manuel Alvar, porque en ese recorrido llenaremos nuestras alforjas con pruebas irrefutables de que todavía el género humano puede asombrarnos con ejemplos positivos de amor al saber, al conocimiento y a la lengua legada por nuestros antecesores. Vaya como advertencia inicial que, en estas páginas, ni en muchas más, podríamos dar cumplida cuenta de un quehacer tan rico en obras y en un legado humano tan amplio. La tarea de revisión y de justiprecio llevará mucho tiempo.

Magisterio e investigación desde los años juveniles

De padres aragoneses, Manuel Alvar nació el 8 de julio de 1923 en Benicarló, (Castellón). En su adolescencia cursó el Bachillerato en Zaragoza, donde fue alumno de José Manuel Blecua. En la Facultad de Filosofía y Letras de la misma ciudad desarrolló sus estudios de Filología Románica con una beca del ayuntamiento que ganó por concurso. Su precocidad intelectual quedó confirmada en 1945, cuando es nombrado Profesor encargado de Cátedra de la Universidad de Salamanca, y, al año siguiente, se doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, con "Sobresaliente" y Premio extraordinario. Docencia e investigación serán las dos sendas paralelas y mutuamente enriquecedoras que transitará sin desmayo hasta sus últimos días. Obtuvo el Premio "Menéndez Pelayo" de investigación del CSIC por su obra *El habla del campo de Jaca*; y en 1948, con sólo 25 años de edad, ganó la cátedra de "Gramática histórica de la Lengua española" por oposición en la Universidad de Granada; e inició su colaboración en el Instituto "Miguel de Cervantes" del CSIC y como re-

dactor de la *Revista de Filología Española*. El año 1950 inaugura su docencia internacional, de más de medio siglo de duración, como profesor visitante en la Universidad de Erlangen (Alemania), y pronuncia conferencias en las de Utrecht, Nimega, Amsterdam, Eindhoven y Rotterdam (Países Bajos) y Amberes (Bélgica). Dos años más tarde, asiste al IV Congreso Internacional de Ciencias Onomásticas de Upsala (Suecia), y estudia en la Universidad de París. Se abre el ciclo de permanencias en el extranjero, para dar y recibir formación y para continuar abriendo horizontes fructíferos a los estudios filológicos en español y sobre el español. Continuó formando a generaciones sucesivas en la Universidad Autónoma primero (1968), y en la Complutense después (desde 1971 hasta la aciaga disposición de jubilación obligatoria con la que las *altas* instancias del poder político privaron de sus mejores exponentes a la universidad española), dirigiendo innumerables tesis doctorales y proyectos de investigación. Prosiguieron las permanencias, los cursos y conferencias en universidades y centros de investigación del extranjero: Lovaina, Hasselt, Amberes, Albany (desde 1977 hasta 1998), Tokio, Seúl, Gotinga, Munich,

Viena, Salzburgo, Gante, Oxford, Basilea, Pekín, Miami, Nueva Orleans, Nueva Cork, Helsinki, Tampere, Turku, Argentina, México, Colombia, etc. El reconocimiento a su labor le proporcionó veinticinco doctorados *honoris causa*, que agradecía no por vanidad, sino—como decía— *por la alegría que proporcionan a Elena, mi mujer*. Su labor investigadora también le granjeó premios, distinciones y nombramientos que lo vincularon definitivamente a instituciones del máximo prestigio.

*el estudio de las variantes
del español, en la amplia
extensión y variedad
del idioma, se abrió como
un desafío que supo
afrontar*

En esta trayectoria abigarrada de compromisos y afanes, todavía tuvo tiempo para crear y dirigir cursos en España que atraían a filólogos de todo el mundo y permitían acercar lo mejor del pensamiento lingüístico internacional a las jóvenes generaciones. Basten dos ejemplos, de los muchos posibles. El primero de ellos, el Curso Superior de Filología Española

del CSIC en el que, desde 1966 hasta 1997, cada verano malagueño era tiempo de encuentro de los más importantes lingüistas extranjeros y nacionales con alumnos deseosos de conocer la revolución que se vivía fuera. Coseriu, Pottier, Monreale, Chevalier, Mariner, Molho, entre otros muchos, abrían con sus brillantes clases líneas de investigación, despertaban la curiosidad científica e invitaban a la amplitud de miras

*siempre tuvo palabras
de agradecimiento para
esas personas del pueblo
que accedían a contarle
qué nombre daban ellos
a tal planta o cual
avío de labranza*

en la reflexión sobre el lenguaje. El segundo ejemplo, los cursos del por entonces Centro de Cooperación Iberoamericana, en los que se encontraba con alumnos de *la otra orilla*: su magisterio dejaba una huella imborrable y la sorpresa de aprender más de la propia realidad hispanoamericana en España que en la propia patria.

Los afanes de la Dialectología y la Sociolingüística

Tras la Guerra Civil, los estudios de geografía lingüística y de sociolingüística sufrieron un considerable retraso respecto de lo realizado en otras lenguas occidentales¹. Como discípulo del fundador de la Filología Española, Ramón Menéndez Pidal, Manuel Alvar dotó a la tarea pendiente del maestro, de la continuidad que la ingente tarea demandaba con el rigor científico que era habitual en las escuelas europeas del momento. El estudio de las variantes del español, en la amplia extensión y variedad del idioma que, de por sí, podía desalentar a cualquiera que no contara con su entusiasmo, se abrió como un desafío que supo afrontar y en el que integró el esfuerzo de sus discípulos: elaborar los atlas lingüísticos del español en todos los ámbitos

¹ Entre 1809 y 1918 trabajaron en las principales monografías dialectológicas europeas, entre otros, J. J. Champollion-Figeac y Jules Gilliéron, con investigaciones de los dialectos franceses, sardos, galo-italicos, noruegos, franco-provenzales, istro-romanos, frisones, daneses, alemanes, finougrios. La historia de la dialectología y los atlas lingüísticos tienen en Alvar un fiel continuador de Jules Gilliéron, Karl Jaberg, Jakob Jud, Sever Pop y Albert Dauzat. Incluso algunos maestros europeos realizaron estudios en territorio español

de realización. Formó escuela, otro rasgo que lo distingue y que habla de su aportación real al desarrollo de la Filología², para lo cual fue necesario primero convencer y formar a compañeros y a alumnos para la interminable tarea. Pero no se limitó a la elaboración de los materiales para las encuestas: como lingüista de campo recorrió todos los rincones de España y de América, entrevistando, cuaderno en mano, a miles de informantes, discriminando y anotando matices articulatorios, significados léxicos y usos específicos de nuestra lengua en boca de sus diversos hablantes. Y sufriendo mil vicisitudes imprevistas, a las que sabía responder en su momento con optimismo, y que recordaba luego con sentido del humor.

Todavía hoy algunos informantes ancianos lo recuerdan, sentado en una mesa de la plaza del minúsculo pueblo, con dos cajetillas de tabaco –uno rubio y otro negro- que les ofrecía con gesto sincero y cortés, por ese tiempo que *les robaba* a sus duras tareas agrícolas y como un modo de ayudarlos a superar a veces el

² Entre estos discípulos, reconocemos hoy a maestros de la talla de Gregorio Salvador o Humberto López Morales; y a escritores como Luis Alberto de Cuenca, entre otros muchos.

miedo o la vergüenza inicial. Alvar siempre tuvo palabras de agradecimiento para esas personas del pueblo que accedían a contarle qué nombre daban ellos a tal o cual planta, a tal o cual avío de labranza. Como solía decir, ‘Para muchos de mis informantes, esa encuesta fue de las cosas más importantes que les habían ocurrido en la vida’. Más aún, frente a la tendencia a la uniformidad del español por obra de los medios de comunicación, solía decir que los hablantes menos cultivados -en España o en América- eran los que presentaban un español más rico y variado, como reflejan sus minuciosas encuestas con nombres de objetos y acciones del mundo natural y rural, que los habitantes de las grandes ciudades desconocemos.

Este «recolector de palabras», un «peregrino por la geografía del español», como lo han denominado con justicia, vivió su experiencia dialectológica como suma naturalidad, como si nada de lo vivido fuera extraordinario. Ni las enfermedades contraídas en las selvas amazónicas, ni los episodios de peligrosos desvíos de la ruta inicial que llevaban al extravío por terrenos inhóspitos...

Los resultados de esta enorme tarea como pionero de la geogra-

ña lingüística se concretan en los «Atlas regionales de España»³, su mayor empresa científica, y aún dejan a los editores una ingente tarea por delante los materiales del *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*. No obstante, su aportación no se limitó a la descripción dialectal, a la cartografía lingüística. Con el trabajo de campo, con la materia viva del lenguaje, sentó las bases para el desarrollo de la sociolingüística en español, del que también fue pionero⁴. Planteó, dentro de las complejas relaciones entre los contactos de lenguas y culturas en Hispanoamérica los problemas de bilingüismo e integración, con la incorporación de los indígenas a

³ Cuando todavía no se había conseguido publicar el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica, proyectado en 1923, esbozó y llevó a buen término el Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía (ALEA), el Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (ALEICan), el Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja (ALEANR) y el Léxico de los Marineros Peninsulares (ALMP). Luego vinieron el Atlas Lingüístico y Etnográfico de Santander (ALESan), el Atlas Lingüístico de España y Portugal (ALEP), Atlas Linguarum Europae (ALE).

⁴ La reflexión teórica lingüística de Alvar llega a su plenitud en sus manuales, como por ejemplo, *Morfología Histórica del Español*, escrito con Bernard Pottier, ya un clásico sobre el tema, y uno de los mejores tributos rendidos al maestro Menéndez Pidal.

la realidad histórica actual, a través de la diferenciación entre «alfabetización» y «castellanización» y del mestizaje cultural. Por esa base de conocimiento real de las diferencias lingüísticas, todas sus teorizaciones sociolingüísticas contaron con el correlato empírico y con una solidez que hacían incontestables sus argumentos. Incluso animó con generosidad a sus discípulos más aventajados - como Humberto López Morales - a seguir la senda de la reflexión sociolingüística con el mismo compromiso científico. En muchos de sus más de 600 artículos, y en sus más de 170 libros, Alvar trae oportunamente a colación sus experiencias dialectológicas que avalan principios y reflexiones; y en sus conferencias y cursos, la anécdota del viajero, su rica experiencia humana en los rincones más remotos del español, solían dar amenidad a la vez que fundamento a los más diversos contenidos.

Defensor del panhispanismo real

Durante años, los filólogos e hispanistas advirtieron del peligro de fragmentación del español, dada su diversidad, especialmente hispanoamericana. Frente a las voces agoreras y estridentes,

con su saber bien fundamentado y su hablar pausado –porque estaba siempre lleno de razones–, Alvar tranquilizó a unos y a otros, y profetizó acertadamente que la unidad en la diversidad es y será una de las mayores ventajas del español. Conviene recordar aquí, sus palabras⁵: *«No hay un lingüista con un mínimo de solvencia que no lo repita hasta el agotamiento: no hay más que un español. Es absolutamente falaz escindir esa realidad única en dos mundos opuestos: América y Europa. Y si se dieran muchas vueltas al torniquete saldrían variedades, y no pocas, en España y en el Nuevo Mundo, aunque acaso los amigos de la escisión se encontrarán conturbados: las diferencias son mayores por esta banda del mar que por la otra. Y esta doctrina tampoco es nueva: la formuló don Ramón Menéndez Pidal cuando escribió las páginas que cristianaron, allá por 1914, a la revista Hispania. Hay una unidad que permite entendernos a cuantos poseemos este bien que es una lengua única; hay multitud de variantes en cada región de nuestro mundo sin que es unidad se resquebraje. (...) Aquí caben cuantas diferencias queramos, pero el desmigajamiento no se produce porque sobre esos infinitos sistemas de realización está ese otro sistema unitario que im-*

pide la fragmentación porque en él nos entendemos todos. Español de Castilla, y de Andalucía, y del Caribe, y del Altiplano, y de la Sabana, y de la Pampa, sí, pero español de todos y para todos».

Él, mejor que nadie, con sus muchos años de transitar caminos lingüísticos reales, no virtuales, sabía del valor de integración multicultural y multiétnico del español en América. Y hacia América miraba

*trabajó arduamente por
integrar los esfuerzos
de las Academias*

*Hispanoamericanas en las
decisiones y en los trabajos
de la Corporación*

cuando hablaba del futuro de nuestra lengua; cuando defendía la dimensión americana del español ante casticismos recalcitrantes, y cuando sostuvo hasta el final que España no era la dueña del idioma.

Ese panhispanismo del que ahora nos congratulamos todos cuando vemos, por ejemplo, el importante acopio de americanismos de la XXIIª edición del Diccionario de la Real Academia Española, tuvo también en Alvar a un convencido y coherente valedor. En esa línea trabajó cuando fue Director de la

⁵ Conferencia dictada en el Casino de Madrid, el 25 de abril de 1999.

RAE, desde 1988 hasta 1992, y pensó siempre de verdad en su querida América cuando desde esa responsabilidad ideó la edición económica del DRAE, para que fuera asequible a los hispanohablantes de menores recursos, o trabajó arduamente por integrar los esfuerzos de las Academias Hispanoamericanas en las decisiones y en los trabajos de la Corporación, de lo que ahora se recogen los mejores frutos. Como también apoyaba y orientaba a sus discípulos americanos con todo aquello que la necesidad práctica del momento demandaba: referencias académicas, bibliográficas, hasta gestión de becas y sugerencia de posibles salidas profesionales.

Estremece su declaración amorosa hacia América en el último libro que entregó a la imprenta, cuando ya la enfermedad minaba sus fuerzas: «América ha sido mi ventana: desde el norte del Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, desde Puerto Rico hasta Ecuador. Por todas partes fui dejando pedazos de mi alma: gentes a las que quise, tierras en las que busqué acomodo, alumnos que me siguen siendo fieles. En todo ello fui poniendo hitos de referencia. Hasta hoy, tan tarde, cuando uno no sabe el final que, sin embargo, se anuncia cercano»⁶

⁶ ALVAR, M.: *Español en dos mundos*. Madrid, 2002. Temas de Hoy, p. 17

Erudición y sensibilidad artística

El primer currículum del mundo filológico hispánico, con esa impresionante lista de casi ochocientos títulos, cantidad que no compromete nunca la calidad, refleja una diversidad de temas y de intereses literarios e históricos⁷ que desconcierta por la extraordinaria curiosidad intelectual que hubo de animarla y por la abrumadora carga de lecturas que supone. Filología clásica, Lingüística románica, Historia de la lengua, Historia de América, Judeo-español, Toponimia, Crítica literaria, Literatura medieval, moderna y

⁷ Entre otros muchos títulos que reflejan sin duda esta diversidad de intereses, mencionamos: *Granada y el Romancero*, *Unidad y evolución en la lírica de Unamuno*, *El Romancero, tradicionalidad y pervivencia*, *Poesía tradicional de los judíos-españoles*, *Unamuno y el paisaje de España*, *Romancero judeo-español de Marruecos*, *Variación y unidad del español*, *Endechas judeo-españolas*, *Poesía española medieval*, *Estudios y ensayos de la literatura contemporánea*, *Cantos de boda judeo-españoles*, *España y América cara a cara*, *Poesía española medieval*, *Cronistas de Indias*, *Para leer a la Generación del 98*, *La lengua como libertad*, *Juan Ramón Jiménez y la palabra poética*, *Hombre, etnia y estado: Actitudes lingüísticas en Hispanoamérica*, *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Si añadimos a la serie los títulos de sus artículos o de sus ponencias varias, la multiplicidad es aún mayor: Picasso, Alfonso Reyes, Delmira Agustini, San Ignacio, los mitos, Rubén Darío, Jorge Guillén, los Baroja, el camino de Santiago, García Gómez, etc., etc., etc.

contemporánea, son algunas de las grandes áreas estudiadas y reinterpretadas desde una perspectiva siempre sólida, siempre rigurosa, pero con un estilo vigoroso, que sabía presentar fuentes bibliográficas y sesudas investigaciones previas como simples pasos para conseguir esa extraña por poco usual *difícil facilidad*. La erudición al servicio del saber de verdad y como paradigma. Así, por ejemplo, la edición y estudio del *Libro de Apolonio*, una monografía monumental⁸ cuya erudición la sitúa entre las mejores ediciones de textos de la Edad Media, era, en manos de sus futuros doctorandos el mejor modelo a seguir en la investigación. Después de su lectura, nada era igual, se imponía el trabajo serio, por caminos arduos pero que desde entonces no podían abandonarse.

En estos tiempos en que hay tanta *intertextualidad* exculpatoria de plagios y de incompetencias, **el respeto a la fuente**, el reconocimiento explícito de la idea o de la aportación de quienes nos precedieron como obligada honradez del pensamiento que nos enseñó Alvar con sus obras, es un bien es-

⁸ Sus ediciones clásicas de, por ejemplo, *Vida de Santa María Egipcíaca*, *Gramática mosca*, *El Cancionero de Estúñiga*, son definitivas.

caso que, por lo mismo, tiene más mérito todavía.

Escritor crítico, realizó reseñas y estudios para diversas publicaciones sobre prácticamente todas las obras de interés lingüístico general que fueron apareciendo. En todos ellos, como en sus ensayos, la misma fluidez verbal, la misma integridad intelectual, el renovado saber. E incluso, en una fa-

*es de justicia reconocer que
nunca olvidó a sus
alumnos: extraña fidelidad
del maestro hacia el
discípulo que lo llevaba
a aceptar gustoso
invitaciones*

ceta mucho menos conocida de su persona, escribió bellos poemas, que permitían adivinar una vocación tal vez postergada por el afán científico.

Por otras sendas y en otros campos

Como bien dijo Martín de Riquer: «Fue un gran filólogo, sobre todo en la especialidad de la geografía lingüística y, a la vez, un gran crítico literario, tanto de autores antiguos como modernos.... Trazó los mapas

lingüísticos de Andalucía, las islas Canarias, Navarra y Aragón, realizando unos trabajos de campo extraordinarios, que no se limitaban sólo a las palabras, sino a las costumbres y a las actividades de los hombres. Recuerdo que me comentaba que en Aragón, por ejemplo, no encontró a ningún joven que supiera montar un arado, por lo que los términos relacionados con esa actividad se iban perdiendo definitivamente. Pero él aún supo encontrar a personas mayores que le permitieron documentar esa expresión».

La Filología Española ha perdido al iniciador de muchas especialidades, al oteador que ha abierto las sendas que hacen más fácil el camino a los que vienen detrás. Don Manuel, como cariñosamente lo llamaban sus discípulos, andará ahora por otras latitudes en las que no será necesario tomar notas de campo dialectales. Su fe cristiana, confesa, valiente, le hizo más fácil el itinerario. Difícilmente se dará un caso similar de pasión

por el trabajo sin tregua, de laboriosidad continuada, de amor por la lengua española y por su cultura. Con su aire cultivado y sencillo al mismo tiempo, cortés y discreto siempre, mostraba una caballerosidad inusitada hasta ante las injusticias recibidas por esas luchas de poder que nunca faltan en el *parnaso de las letras*. Con nobleza de espíritu, supo dar y recibir. Es de justicia reconocer que nunca olvidó a sus alumnos: extraña fidelidad del maestro hacia el discípulo que lo llevaba a aceptar gustoso invitaciones múltiples a dar conferencias o a impartir cursos en los más remotos destinos académicos. Más allá de su extraordinario legado bibliográfico y cultural, que ofrece mil y un motivos para su relectura, perdurará para quienes tuvimos la dicha de conocerlo el recuerdo de su persona, que se confesaba más orgulloso de su biblioteca y de los libros que había leído que de su bibliografía; de su familia que de los premios tan justamente merecidos. ■